

Gibassier, siempre alegre y risueño, sostenía que Camilo de Rozán contaba cien años más que él.

CAPÍTULO XIII.

TODO ES BUENO CUANDO CONCLUYE BIEN.

Los hechiceros tienen su corazón como todas las demás criaturas de la naturaleza; y su corazón se manifiesta á veces tanto más palpablemente, cuanto más profundamente sumido se halla.

El lector que recuerde la fealdad repugnante de la Brocante se admirará tal vez cuando le digamos que por dos veces en su fantástica existencia se la consideró hermosa, por dos hombres que se distinguieron por su conocimiento de lo bello, por Juan Robert y por Peirus, y que ambos la transmitieron á lo venidero, el uno por medio del papel y el otro por medio del lienzo.

Pero como fieles narradores, cualquiera que sea la admiración y la incredulidad de nuestros lectores, nos creemos obligados á decir la verdad.

La Brocante fué hermosa en realidad en dos ocasiones:

La primera, el día de la desaparición de Rosa de Noel.

La segunda, el día en que se retiró á su casa de la calle de Ulm.

Sabido es, que cuando Salvador quería obtener alguna cosa de la Brocante, no tenía más que pronunciar cuatro palabras, que eran: *Sésamo, ábrete*; y cuando decía: « Traigo á Rosa de Noel, » de repente la Brocante se presentaba donde quiera que estuviese.

Adoraba á aquella pobre niña abandonada.

Todo ser malvado, todo egoísta, por pervertido que esté, siempre tiene una fibra en el corazón que la infamia le hace vibrar algún día.

Aquella vieja y siniestra criatura adoraba á Rosa de Noel según hemos dicho al principio de esta relación.

Sin duda recordaréis el espantoso grito de Triboulet en el *Le roi s'amuse* de nuestro querido Hugo; pues bien: la exclamación de terror y de espanto de la Brocante fué de la misma intensidad cuando á su regreso supo la desaparición de Rosa de Noel.

Ciertamente que se encuentra magnífico aquel padre bufón, llamado Triboulet, cuando sabe el robo de su hija, pues tan bella estuvo la Brocante al tener noticia del rapto de Rosa de Noel.

Si no temiera se me calificase de paradójico, trataría de demostrar que la pérdida de un niño es tan cruel por lo menos, y tan terrible para la madre adoptiva, como para la verdadera madre.

En la una el grito de dolor sale de sus entrañas, es una llama de cariño que se le marcha: para la otra, la agonía sale del corazón: es la vida que se le va.

Yo he conocido á un anciano que había tenido á un niño durante veinticinco años, y murió cuando supo que su hijo había contraído deudas en el juego. Un padre verdadero le hubiese reprendido, le hubiera enviado á Bélgica ó América á esperar la prescripción de su crimen.

La Brocante se hizo verdaderamente grande al tener aquella noticia. Ella recorrió todo París, llamó á toda la truhanería parisiense para adquirir noticias. Ofreció poner como garantía y aun dar en caso necesario, por recobrar la piedra preciosa que se llama un hijo adoptivo, la joya

principal de la corona del primer rey de Bohemia, conquistada en una memorable batalla al mismo Satanás. En fin, su dolor llegó á tal extremo, que sólo pudo compararse á la alegría que experimentó al volver á encontrar á la niña.

En aquel día, Juan Robert, Petrus, Ludovico y por consiguiente Salvador, se exaltaron con la belleza inconcebible de la hechicera.

Y hé aquí por qué nos hemos permitido decir que esta repugnante vieja fué dos veces hermosa.

Sin embargo, su hermosura no duró mucho tiempo.

Se recordará que Rosa de Noel, hasta el momento prefijado para casarse con Ludovico, debía entrar en un colegio. Cuando Salvador anunció esta noticia á la Brocante, la hechicera se deshizo en lágrimas, y después, levantándose y mirando á Salvador con aspecto amenazador, le dijo:

— Jamás.

— Brocante, contestó dulcemente Salvador, conmovido por el fondo de buenos sentimientos que dictaban sus palabras; Brocante, es preciso que esta niña adquiera el conocimiento de la sociedad en que va á entrar. No es todo lo que se necesita conocer el lenguaje de la corneja y de los perros. La sociedad exige una educación más variada. El día en que esta pobre niña ponga el pie en el más pequeño salón se encontrará lo mismo que un salvaje de los bosques vírgenes en un salón de las Tullerías.

— ¡ Es mi hija! contestó amargamente la Brocante.

— Ciertamente, dijo Salvador en un tono grave... y además...

— Me pertenece, continuó la Brocante al ver á Salvador tan convencido de sus derechos maternales.

— No, exclamó Salvador, porque pertenece al mundo, y además pertenece antes que á nadie, y sobre todos los demás, al hombre que la ha salvado la vida amándola, ó que al salvarla, la ha querido; ese es su padre adoptivo (un médico es un padre) como tú eres su madre. Es preciso, por lo tanto, entregarla al mundo en que va á presentarse, y no eres tú, Brocante, quien puede instruirla para ello. Así, me la llevo.

— Jamás, repitió la Brocante con voz imponente.

— Es preciso, Brocante, replicó severamente Salvador.

— Señor Salvador, exclamó la hechicera en tono de súplica, ¡ dejádmela todavía por un año! ¡ un año solamente!

— Es imposible.

— ¡ Un año tan solo, os lo suplico! ¡ Tendré mucho cuidado de ella, os lo aseguro! ¡ tendré más cuidado todavía que el que he tenido hasta ahora! la vestiré con sedas y terciopelos! y no habrá ninguna joven más linda que ella. ¡ Os lo suplico, Sr. Salvador; dejádmela por un año nada más! ¡ solamente un año!

La pobre hechicera lloraba al pronunciar aquellas palabras; Salvador, profundamente enternecido, no quiso sin embargo dejar descubrir nada de su emoción. Lejos de eso, fingió estar irritado y frunciendo las cejas, dijo lacónicamente:

— Está decidido.

— ¡ No! ¡ no! repetía sin cesar la Brocante. No, Sr. Salvador, vos me concederéis ese consuelo. Está aún enferma. Anteayer tuvo un espasmo terrible; Mr. Ludovico acababa de separarse de ella, y un cuarto de hora después de su salida lanzó un terrible grito, diciendo: Yo me ahogo. La sangre la subió hasta los ojos. ¡ Pobre Rosita! En aquel

momento, Sr. Salvador, creí perderla para siempre. Poco faltó en verdad. Se dejó caer sobre su lecho y cerró los ojos. Después dió varios gritos; ¡pero qué gritos, gran Dios! ¡gritos del otro mundo, Sr. Salvador!

En seguida la cogí en mis brazos, la tendí en el suelo conforme Mr. Ludovico me lo tiene prevenido, y la dije: Rosa, mi querida Rosa, Rosita; pero gritaba tan fuerte, que no podía oírme, dando compasión el ver su pecho agitarse como si estuviera muerta en un tormento, y las venas se hinchaban que parecía iban á reventar. ¡Oh! ¡Sr. Salvador! he visto muchos espectáculos tristes en mi vida, pero ninguno más terrible que el que os refero. Por fin empezó á llorar y las lágrimas la sirvieron de consuelo, abrió sus hermosos ojos y se sonrió: se había salvado por entonces; pero vos no me escucháis, Sr. Salvador.

Aquel sencillo relato de la crisis más grande de la mujer en el acto del alumbramiento, que se llama el espasmo, había causado á nuestro amigo Salvador un efecto tan vivo que había vuelto la cabeza para que no se le viese el rostro.

— Lo sé todo, Brocante, dijo Salvador con una voz que procuró presentar algo imperiosa. Ludovico me lo ha contado esta mañana, y por eso mismo es por lo que voy á llevármela. Esa niña tiene necesidad de mayores cuidados.

— ¿Y adónde queréis conducirla?

— Ya os lo he dicho, á un colegio.

— ¡No penséis en semejante cosa, Mr. Salvador! ¿No es en un colegio en donde habíais puesto á la niña Mina?

— Ciertamente.

— ¿Y no la han robado?

— De este colegio no la robarán.

— ¿Quién la cuidará?

— Todo lo sabrás; pero ante todo ¿dónde está?

— ¿Dónde está? repitió la hechicera, mirando á Salvador con ojo escudriñador, al ver que el momento de separarse se aproximaba.

— Si, ¿dónde está?

— Ahora no está aquí, murmuró la anciana. En este momento está ausente. Está...

— Tú mientes, Brocante, interrumpió Salvador.

— Os lo juro, Sr. Salvador.

— ¡Mientes, te repito! volvió á decirle mirando á la Brocante con aspecto amenazador.

— ¡Perdón, Sr. Salvador! exclamó la pobre anciana cayendo de rodillas y cogiendo la mano de Salvador. ¡Perdón, no os la llevéis! ¡vos me asesináis! ¡eso es matarme!

— ¡Entonces levántate! dijo Salvador de cada vez más conmovido. Si la quieres verdaderamente debes desear su felicidad. Pues bien: déjala que se instruya, y podrás verla cuando quieras.

— ¿Me lo prometéis, Sr. Salvador?

— Te lo juro, contestó solemnemente el joven. Llamadla...

— ¡Oh! ¡gracias, gracias! exclamó la anciana cubriendo las manos de Salvador de lágrimas y besos.

Después, levantándose con una velocidad impropia en sus muchos años:

— Rosa, Rosa, mi querida Rosa; gritó con precipitación,

Al escuchar aquella voz, Rosa de Noel se presentó.

Los perros ladraron con alegría, la corneja agitó sus alas.

Aquella joven no era ya la niña á quien nosotros conocíamos al principio de esta historia; no era tampoco la

joven vestida como la Mignón de nuestro sensible Ary Scheffer; su rostro no presentaba tampoco el caermizo aspecto de las niñas de las aldeas infestadas; era una joven alta, cuyos ojos retirados tras de sus hermosas y espesas pestañas de azabache, por más que fueran algo lánguidos, no por eso dejaban de despedir un fuego significativo.

Al penetrar en la sala de recepción de la Brocante, sus mejillas, de un sonrosado agradable, se enrojecieron violentamente en el momento que descubrió á Salvador.

Se dirigió á él, le cogió por el cuello, le rodeó con sus brazos y le estrechó tiernamente.

— Y yo, dijo con voz triste la Brocante, mirando aquella escena llena de celos.

Rosa de Noel corrió hacia la Brocante y la estrechó también entre sus brazos.

— ¡ Querida madre ! dijo al tiempo que la abrazaba.

— En aquel momento, un nuevo personaje entró ó más bien saltó, botó como una bala elástica en medio del salón.

— ¡ Brocante ! dijo este personaje dando una vuelta para llegar más pronto sin duda cerca de la persona á quien se dirigía. Os anuncio una buena compañía; son cuatro mujeres elevadas que vienen á daros sus escudos.

Después viendo á Salvador:

— Perdonad, le dijo, cuadrándose y bajando los ojos; perdonad, Sr. Salvador, no os había visto.

— ¡ Eres tú, galopin ! dijo Salvador á Babolin, que el lector menos perspicaz habrá sin duda reconocido.

— Él mismo, contestó Babolin, como había dicho antes que él, y debía decirlo también mucho tiempo después el célebre sir de Framboisy.

— ¿ Y de qué compañía hablas ? preguntó Salvador.

— De cuatro damas, respondió Babolin, que vienen sin duda á que las digan la buena ventura.

— Decídlas que suban, añadió Salvador.

Y al cabo de un corto rato, cuatro jóvenes penetraron en la sala.

— Hé aquí, dijo Salvador á la Brocante, señalando á las cuatro señoras, las personas encargadas de la educación de Rosa de Noel.

La hechicera se estremeció.

— Esta señora, dijo Salvador señalando á Regina, enseñará á la joven el dibujo de que Petrus la ha dado ya algunos principios. Ésta, continuó mirando melancólicamente á Carmelita, la enseñará la música. Esta señora, continuó presentando á Mad. de Marande y mirándola casi con sonrisa, la enseñará el modo de dirigir una casa... la economía doméstica. En cuanto á ésta, concluyó mirando tiernamente á Fresolina, la enseñará...

Regina, Carmelita y Lidia no le dejaron acabar, porque todas dijeron á la vez:

— ¡ El bien ! ¡ el amor !

— Salvador las dió gracias con una sola mirada.

— ¿ Queréis venir con nosotras, niña ? preguntó Regina.

— Si, respondió Rosa de Noel.

La Brocante se estremeció con todo su cuerpo, sus mejillas se enrojecieron de tal manera, que por un momento temió Salvador no fuera víctima de un ataque.

En seguida se dirigió hacia ella.

— Brocante, la dijo cogiéndola la mano, valor, ved aquí cuatro ángeles que Dios te envía para sacarte del infierno. Miralos. ¿ No crees que esa niña que tú amas tanto se encontrará mejor bajo sus alas blancas, que bajo las

negras garras? Vamos, valor, pobre anciana, te lo repito; tú no te separarás de ella; y uno de estos genios del bien se encargará de ti lo mismo que han adoptado á la niña. ¿Cuál desea encargarse de la Brocante? añadió mirando á las cuatro mujeres.

— Yo, dijeron todas á la vez.

— ¿Ves? añadió Salvador.

La anciana bajó la cabeza.

— Esto prueba, añadió filosóficamente el joven mirando á la vez á la hechicera y á las cuatro señoras, que en lo sucesivo no habrá huérfanos, porque la sociedad será su madre.

— Así sea, exclamó no menos filosóficamente Babolin haciendo con ironía la señal de la cruz.

Un año después de esta escena, Rosa de Noel, poseedora de dos millones que la dejó á su pesar Mr. Gerard, se casaba con nuestro amigo Ludovico, que se había hecho uno de los más ilustres médicos y una de nuestras mayores notabilidades científicas.

Y como para justificar el proverbio que dice: *todo es bueno cuando concluye bien*, Rosa de Noel recobró la salud por el amor, lo que prueba que Moliere, conforme dice Juan Robert, es además el más ilustre doctor que se conoce, puesto que ha creado el *amor medicinal*.

CAPÍTULO XIV.

HONOR AL VALOR DESGRACIADO.

Mr. de Marande hizo saber á Canta-Lilas la muerte de la señora de Camilo de Rozán y la prisión del joven americano.

La princesa de Vanves vertió una lágrima al recordar á su antiguo amante y pasó en seguida á ocuparse de otro objeto en la conversación que tenía.

Esto es muy propio de nuestras desgraciadas grisetas de París, dar hasta su camisa al primer amante, y una lágrima apenas para los que siguen después.

— ¡Así debía concluir! dijo aquella dama, cuando Mr. de Marande la anunció que por lo menos sería condeñado Camilo, por mucha protección que tuviese, á muchos años de galeras.

— ¿Y por qué? querida amiga, preguntó Mr. de Marande; ¿creéis que todos los que tienen el honor de amarnos concluyen tan tristemente? Es un desenlace demasiado cruel.

— No hacen más que cambiar de cadenas, respondió filosóficamente la griseta, y además, añadió mirando con cierta sonrisa al nuevo ministro de Hacienda, no digo tampoco que todos concluyan de esa manera. Por ejemplo, tú, amor de mis ojos, tú no habrás pecado lo suficiente en la tierra para que se te niegue un lugar en el paraíso. Á propósito de lugar y de paraíso, ¿cuándo debuta positivamente la señora Carmelita?